

# LIBROS

62

LETRAS LIBRES  
SEPTIEMBRE 2012

**Mònica Bernabé**  
• AFGANISTÁN. CRÓNICA DE UNA FICCIÓN

**Luis H. Álvarez**  
• CORAZÓN INDÍGENA. LUCHA Y ESPERANZA DE LOS PUEBLOS ORIGINARIOS DE MÉXICO

**Julio María Sanguinetti**  
• LA AGONÍA DE UNA DEMOCRACIA. PROCESO DE LA CAÍDA DE LAS INSTITUCIONES EN EL URUGUAY (1963-1973)  
• LA RECONQUISTA. PROCESO DE LA RESTAURACIÓN DEMOCRÁTICA EN EL URUGUAY (1980-1990)

**Gabriele D'Annunzio**  
• CRÓNICAS LITERARIAS Y AUTORRETRATO

**Luis Forge Boone**  
• LAS AFUERAS



CRÓNICA

## Afganistán en vivo



**Mònica Bernabé**  
AFGANISTÁN.  
CRÓNICA DE UNA FICCIÓN  
Barcelona, Debate,  
2012, 400 pp.

✎ JUAN GOYTISOLO

No es lo mismo pasar unos días o semanas como periodista en Afganistán que largas temporadas e incluso vivir la mayor parte del tiempo ahí, dice Mònica Bernabé. Militante de una ONG catalana, bloguera a sus horas, corresponsal de prensa y, sobre todo, mujer comprometida con la suerte del país más duro y violento del planeta, tal es el compendio de la vida y obra *Afganistán. Crónica de una ficción*, recién publicado por editorial Debate.

Mimetizada entre la población femenina de Kabul o “incrustada” —me resisto a emplear la palabreja “empotrada”, más propia del obsce-

no lenguaje machista— en las tropas de la OTAN o de la ISAF durante sus misiones arriesgadas de *freelance* por las distintas piezas del rompecabezas étnico y cultural afgano, su autora nos da un testimonio sobrecogedor, por su compromiso y lucidez, de una mujer a todas: doce años de tesón, miedo, desánimo e indignación que abarcan desde su primer viaje a Kabul, durante el régimen de los talibanes, hasta comienzos del que hoy corre como un galgo mecánico y nos deja irremediabilmente atrás.

La impresión desoladora de la capital afgana, saqueada con saña por los muyahidines desde el derrumbe del régimen prosoviético hasta la entrada de los talibanes en 1996 y la subsiguiente prohibición de la música, el cine y los programas televisivos “profanos”, la imposición rigurosa del burka y el fanatismo religioso llevado al dislate, es expuesta con viveza y mordacidad. La visita guiada por mano amiga a una de las aulas clandestinas en donde se imparten clases a las niñas, la falta de asistencia sanitaria a las mujeres por la carencia de médicas y enfermeras, la segregación de sexos en los autobuses con los varones sentados en la parte delantera y las mujeres atrás de pie apiñadas, la asomada surrealista a una librería con las fotos de los libros tachadas y páginas arrancadas, no la inducen no obstante a caer en la falacia maniquea de la prensa occidental a raíz de la intervención militar estadounidense bajo el paraguas de la OTAN, cuando presentaban a los muyahidines de la Alianza del Norte como paladines de la democracia y de la libertad. Su retrato sin complacencia de Rabbani, jefe del gobierno de aquellos de 1992 a 1996 y, sobre todo, del mitificado comandante Masud, convertido en una especie de mártir émulo de Che Guevara por los periodistas franceses, pone las cosas en su lugar.

A su regreso a Kabul en 2002, Mònica Bernabé, pese a hallarla en ruinas como dos años antes, verifica algunos cambios: música a todo

volumen en zocos y bazares, salas donde se proyectan filmes de karate, fotografías callejeras al servicio de los clientes ansiosos de ser retratados. Los extranjeros civiles y militares, son vistos generalmente con simpatía y benevolencia. El burka, salvo contadas excepciones, ocupa el espacio público, pero los varones han vuelto a las andadas: la vieja costumbre de pellizcar y meter mano a las tapadas que no disimulan del todo las partes traseras. Lo más inquietante de dicho panorama, nos dice, es el retorno de los antiguos *señores de la guerra*, más temidos aún que los talibanes por sus hazañas sangrientas. Ahora forman parte del gobierno y en torno de Karzai con la flamante etiqueta de demócratas: Dostum, Qasim Fahim, Ismail Khan... Al primero se le atribuirá medio año después la muerte de dos mil prisioneros talibanes supuestamente asfixiados en los contenedores durante su traslado a Kunduz. La investigación de la tragedia no prosperó. Dostum ordenó que los cadáveres fueran desenterrados de las fosas en que yacían y apilados en un lugar desconocido. Los americanos se apresuraron a barrer el asunto bajo la espesa alfombra afgana.

2003 y 2004 marcan la vuelta al poder de los *señores de la guerra* y la cultura de la impunidad. Las primeras manifestaciones de mujeres con su demanda de desarme de las milicias enfrentadas y de una mayor intervención de las fuerzas de la ISAF con miras a la paz, justicia y seguridad no tuvieron eco alguno. El entorno de Karzai desmentía sus buenas palabras de cara a la opinión pública mundial y Washington, volcado tan solo en la busca de Bin Laden y el nuevo frente abierto por la insensata invasión de Iraq, no prestaba atención a las peticiones de la frágil sociedad civil afgana. Mientras en las zonas rurales no había agua potable ni electricidad ni escuelas ni centros de atención médica, los exmuyahidines se construían residencias suntuosas en Kabul al estilo de las que vi en

Gaza diez años antes y cuyo llamativo mal gusto contrastaba con las ruinas y chabolismo de las zonas lindantes. Afganistán seguía siendo el quinto país más pobre del mundo, andaba en la cola del índice del desarrollo humano y, tras un bajón durante el régimen talibán, a la cabeza de los Estados productores de opio. Si a ello se añadía la carencia de un sistema judicial —la mayoría de la población no posee documentos de identidad y es técnicamente analfabeta— la instauración del reino de corrupción e impunidad venía cantada.

En los siguientes años, la situación se deterioró más y más. Los afganos dejaron de ver a los extranjeros como salvadores, escribe Mònica Bernabé: ahora eran personas que se movían siempre en automóvil, compraban en tiendas donde los precios eran altísimos, frecuentaban sus propios restaurantes, celebraban fiestas los fines de semana y estaban cada vez más encerradas en su propio mundo.

Lo acacido en los últimos seis años está en la memoria de los lectores. Mònica Bernabé evoca la intervención de una de las escasas diputadas ante la *loya jirga* (especie de junta con representantes de todas las tribus) en la que denunció el robo y prepotencia de la mayoría de sus colegas, cuyas manos, dijo, estaban manchadas de sangre; la asamblea de mujeres afganas exhibiendo las fotos, prendas y recuerdos de sus próximos desaparecidos; los reproches directos de las madres y esposas de las víctimas a la ley de amnistía ante un abrumado y confuso Karzai. Todo ello se inscribe en un agravamiento paulatino de la situación humanitaria y militar: comienzo de atentados suicidas contra las tropas de la OTAN y sus “marionetas” afganas; asalto con explosivos a los hoteles y embajadas; aumento imparable de los “daños colaterales” causados por helicópteros y aviones no tripulados; extensión de la insurgencia a la casi totalidad de las provincias; asesinato de civiles indefensos por militares estadouni-

denses borrachos; quema de coranes... La convivencia con los afganos resulta cada vez más difícil y la autora se pregunta si su labor en el país tiene aún algún sentido: “Me planteé tirar la toalla, darme por vencida, regresar a España.” No lo hizo y los lectores debemos agradecerse. Su visita a la maternidad de la capital y al hospital de las víctimas inmoladas de la violencia doméstica revuelve el estómago. Kabul no es aún Bagdad pero se asemeja a ella cada vez más. Los afganos, en su mayoría, odian a los americanos, y viceversa. Las buenas intenciones y palabras de Obama no sirven para nada. Nadie cree ya en la democratización de Afganistán. En las provincias controladas por talibanes, ciento veinte niñas murieron recientemente envenenadas por la “ley de analfabetismo” impuesta a su sexo.

¿Puede este sufrimiento caer en el olvido? ¿Cómo decir a las víctimas, concluye la autora, “que su dolor importaba ya a muy pocos”, y el cinismo de unos y otros no tenía trazas de acabar?



Al evocar el deporte nacional de Afganistán, bastante parecido por cierto a los encierros tradicionales de nuestra península, la autora tiene la impresión de haber retrocedido en el tiempo: de que aquella sociedad exclusivamente masculina, excitada hasta el delirio por el trofeo de un ternero muerto, vive en efecto en 1387 (pero no del calendario persa, sino del gregoriano). El espacio público pertenece exclusivamente a los varones y la otra mitad de la especie supuestamente humana permanece enclaustrada en las casas y, si sale de ellas, lo hace tapada de pies a cabeza y escurriendo el bulto. Cafés, figones, parques y lugares de ocio son para los hombres que fuman y matan el tiempo en ellos de la mañana a la noche. Como escribió hace siglo y medio una viajera europea, dirigiéndose amargamente a sus hermanas: “Caminad,

trotad, corred, hasta que reventéis. Sois mujeres y tenéis que andar.”

El ámbito femenino, y vedado por tanto a los varones, atrae como es lógico a nuestra autora. Su descripción de las bodas, vistas desde el gineceo por las mujeres de trajes ceñidos y escotados, amén de cumulos de rímel, colorete, pestañas postizas y pintura de labios —liberadas de la camisa de fuerza del burka—, se asemeja bastante a las de otros países sometidos al rigorismo wahabí: es el desquite fugaz contra el encierro forzado y la ocultación enfermiza del cuerpo al ansia posesiva, casi predatoria, atribuida con toda naturalidad al otro sexo.

Asimismo incentiva es la pintura de la llegada del novio con los suyos, cantando y a pandereta bajo la carpa montada para la ocasión: mientras bailan como posesos, escribe, su frenesí contrasta con el llanto de las mujeres. El lance me recordó el video que acompañaba el expediente de la candidatura de Yemen al Patrimonio Cultural Inmaterial de la Unesco, titulado *Cantos de boda de Saná*. En la película no aparecía mujer alguna, ¡ni siguiera la novia!, y el anunciado Baile en Pareja defraudó al jurado: ¡el desposado daba vueltas y vueltas del brazo de otro joven! La candidatura fue rechazada por su incalificable misoginia.

Cuando Mònica Bernabé descubre que las mujeres lloran, la respuesta al porqué de las lágrimas no le sorprende en exceso: se trata de una boda forzada, fruto de un trato ajustado entre las familias sin el consentimiento de la prometida. La boda, como en la mayoría de los países musulmanes, es una ceremonia costosa. Muchos jóvenes trabajan duro para sufragarla y pagar la dote, con su consiguiente frustración sexual; las relaciones, incluso amistosas, entre hombre y mujer son calificadas de adulterio, acarrear penas de cárcel y atraen sobre las culpables el ostracismo social, incluso la lapidación, destinada a lavar el honor

de los suyos. Como decía Octavio Paz, ¡curiosa concepción que sitúa el honor de los hombres entre las piernas de las mujeres!

A consecuencia de ello —del alto precio pagado para la adquisición de la novia—, el desposado considera que es suya y puede disponer de ella como le apetezca. No es un ser humano, sino un bien mueble, un componente más de su ajuar.

Uno de los episodios más conmovedores del libro es el referente a Nadia, la chica que viste de chico desde la época de los talibanes a fin de mantener a su madre enferma y hermanas menores, y disponer de la libertad necesaria para ello. En su niñez, durante las luchas por el poder entre los *señores de la guerra*, un proyectil impactó en su casa y resultó gravemente herida. La parte izquierda del cráneo y la cara eran pura cicatriz y lo disimulaba con un pañuelo liado en torno a la cabeza. Colocada interinamente en una ONG, su vida de chica-chico, situación más frecuente de lo que se supone, no atraía demasiado la atención. Hablaba con tono de voz grave cuando se dirigía a los hombres y se sentaba en la parte del autobús reservada para ellos.

Nadia empezó entonces a acercarse a mí, porque yo era una mujer como ella y la única que la trataba con normalidad, aunque fuera disfrazada de hombre. Todos los días venía a mi despacho a charlar, y así nos hicimos amigas. Nadia no estaba loca, sino todo lo contrario. Era una persona totalmente cuerda y sensata, con una fortaleza increíble y un tesón envidiable. La chica soñaba con operarse. Quería someterse a una operación de cirugía estética en la cara para que la gente dejara de reírse de ella.

Tras grandes esfuerzos de la ONG a la que pertenece la autora, Nadia viajó a España, en donde fue sometida a dolorosas intervenciones quirúrgicas y adoptada finalmente por una

familia. Su caso atrajo la atención de medios informativos: sirvió de materia a un libro y a varios documentales sobre su cruel experiencia.

El paso de niña a niño, y viceversa, es una constante en la sociedad afgana. Mònica Bernabé refiere el caso de una diputada, madre de tres niñas, que, presionada por el marido, humillado por no tener descendiente varón, cortó el pelo a la menor, la vistió de muchacho y cambió su nombre femenino por otro del sexo benemérito. El transformismo curó como un bálsamo el orgullo herido del padre e hizo feliz a la transfuga: convertida en chico disponía de libertad para salir a la calle, jugar con otros chavales, acompañar a su progenitor a la ciudad sin problema alguno. Simultáneamente, como expuso sir Richard Burton, el apasionado y genial analista de los hábitos sexuales de la denominada por él Zona Sotádica, la situación inversa es aún más común y socialmente aceptada: habla de los *bachá bazi*, jóvenes que han llegado a la pubertad, visten prendas femeninas, se prostituyen y pasan a ser “esposas” de quienes los compran a sus familias. Dicha práctica era frecuente en la época de los *señores de la guerra*, los talibanes la prohibieron y, por lo visto, ha vuelto a florecer en las zonas controladas de nuevo por aquellos y el gobierno de Karzai. La sociedad tribal afgana invalida los esquemas previos y aguarda una pluma como la del gran viajero inglés —autor de un célebre informe sobre los burdeles masculinos de Karachi—, para retratar la otra cara de su tenaz y salvaje misoginia: la del llamado Vicio con mayúscula en la época victoriana.

No quiero concluir estas páginas sobre *Afganistán. Crónica de una ficción*, sin referirme a la honestidad de que da prueba la autora al asumir sus contradicciones tanto políticas como humanas: la oscilación entre el aborrecimiento y el afecto, la valentía y el miedo; la creciente percepción de la imposible misión democratizadora

en la que se ha embarcado y la conciencia de que resulta no obstante necesaria.

Elegiré como ejemplo de ello su doble visión del odiado y odioso burka. A la consabida pregunta de la prensa sobre esa oscura tapadera que transforma a la mujer en tumbadora responde con otra: “¿Cómo explicar que el burka no era el problema y que incluso podía ser una ventaja?” Dichas palabras me recordaron las de *lady* Montagu, esposa del embajador inglés en Constantinopla cuando defendía paradójicamente el uso del velo por las damas otomanas en cuanto les concedía la libertad de ir adonde querían y con quien querían sin ser molestadas. Obviamente las ocultas por el burka no pertenecen a la clase social de las mencionadas, y la inesperada defensa por Mónica Bernabé obedece a consideraciones prácticas, propias de una *freelance* y, repito, de una mujer a todas, en el mortífero avispero afgano. En sus recorridos profesionales por zonas conflictivas, asediadas con creciente frecuencia por la insurgencia talibán, nos dice:

Aprendí entonces las grandes ventajas del burqa. No solo podía mirar descaradamente sin que nadie me viera, sino que incluso me confería libertad, por muy paradójico que eso sonara. Debajo del burqa podía hacer lo que me viniera en gana sin que nadie se diera cuenta. Podía comer o beber aunque fuera Ramadán, el mes de ayuno musulmán, reír, llorar, escribir o incluso meterme los dedos a la nariz. El burqa también me protegía la cara. Podía viajar con la ventanilla del coche abierta para no asarme del calor, sin que el viento me molestara en los ojos ni se me llenara el rostro de polvo. Y, lo más importante, me daba seguridad. Debajo del burqa nadie sabía si yo era extranjera o afgana, guapa o fea, joven o vieja. El anonimato era mi mejor arma. —

## ENSAYO

### Las andanzas de Luis H. Álvarez en Chiapas



Luis H. Álvarez  
CORAZÓN INDÍGENA.  
LUCHA Y ESPERANZA  
DE LOS PUEBLOS  
ORIGINARIOS DE  
MÉXICO  
México, Fondo de  
Cultura Económica,  
2012, 319 pp.

#### JUAN PEDRO VIQUEIRA

El levantamiento armado del 1º de enero de 1994 en Chiapas supuso un giro radical en la vida de Luis H. Álvarez y abrió una nueva, inesperada y fructífera etapa en su quehacer político. A pesar de su firme rechazo al uso de la violencia como medio para alcanzar fines políticos, don Luis comprendió la desesperación de los indígenas que habían optado por las armas con el fin de salir de la miseria y de la marginación en la que vivían y se reconoció en las demandas del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). Por esta razón, a finales de 1994, siendo senador electo por Chihuahua, apoyó la iniciativa del presidente Ernesto Zedillo de crear una comisión legislativa que coadyuvara a que las negociaciones entre el ejecutivo federal y el EZLN llegaran a buen término. Así se integró a la primera Comisión de Concordia y Pacificación (la llamada “Cocopa histórica”), de la que fue su primer presidente. Durante los seis años en que participó en esta comisión, se convirtió en promotor de una solución pacífica y negociada del conflicto chiapaneco. En diciembre del año 2000, el presidente Vicente Fox lo nombró coordinador para el Diálogo y la Negociación en Chiapas. En el sexenio actual de Felipe Calderón, desempeñó el cargo de director general de la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas

(CDI) y luego, hasta la fecha, el de consejero para la Atención a Grupos Vulnerables de la Presidencia de la República.

Haciendo a un lado su habitual discreción, don Luis ha decidido dar a conocer sus experiencias y sus reflexiones sobre su quehacer político ligado a los indígenas de Chiapas primero y a los de todo el país después en su nuevo libro, *Corazón indígena. Lucha y esperanza de los pueblos originarios de México*,<sup>1</sup> que aporta una fresca y novedosa versión de las negociaciones con el EZLN y que depara al lector un gran número de sorpresas, incluyendo algunas revelaciones de importancia.

Luis H. Álvarez es uno de los raros políticos mexicanos cuyo prestigio desborda las fronteras de los simpatizantes y electores de su partido, Acción Nacional (PAN). La huelga de hambre que emprendió en 1986 para protestar por el descarado fraude electoral que se había perpetrado en los comicios para gobernador de Chihuahua llevó a muchos mexicanos —entre los que me incluyo— a vislumbrar que era posible alcanzar un cambio político en el país que ampliara las libertades individuales y sociales, y que hiciera posible la realización de elecciones libres y democráticas, sin tener que recurrir a la violencia política.

Su libro nos muestra, una vez más, su amplitud de miras, su talento negociador y su compromiso con la paz. Para empezar, vale la pena destacar la importancia que don Luis le otorga a la lucha contra la desigualdad social y al papel del Estado para combatir la pobreza y la marginación con el fin de lograr un mejor reparto de los ingresos, banderas que se suelen considerar como exclusivas de los partidos de izquierdas. Más sorprendente —por lo menos para mí— es el entusiasmo con el que abrazó la causa indigenista-indianista, que empezó a tomar forma durante la presidencia

<sup>1</sup> México, Fondo de Cultura Económica, 2012.



de Lázaro Cárdenas, que desarrollaron muchos gobiernos del Partido Revolucionario Institucional (PRI), siguiendo las iniciativas de grandes antropólogos mexicanos y que, finalmente, la izquierda –tanto partidista como radical– ha hecho suya. Para bien o para mal, don Luis es uno de los más firmes defensores de la mal llamada Ley Cocopa –dado que en realidad se trata de una iniciativa de reforma constitucional–, que el EZLN sigue exigiendo se apruebe al pie de la letra. La posición de don Luis en apoyo de esta propuesta de reforma constitucional es totalmente congruente si recordamos que, como miembro de la Cocopa histórica, participó de manera destacada en su redacción.

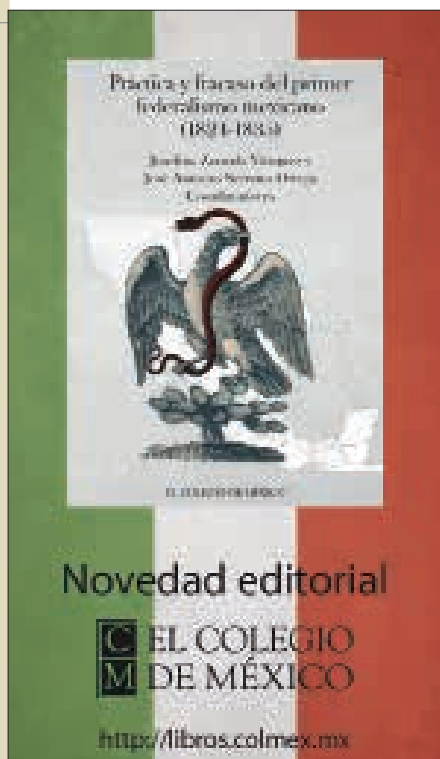
Más significativo es el hecho de que en su libro, don Luis se exprese con cariño y empatía de tan solo unos pocos hombres políticos, todos ellos de izquierda –cuando se refiere a los demás mantiene un tono más formal y distante, cuando no desliza

alguna crítica sutil, aunque siempre incisiva–. Entre estos políticos, está, en primerísimo lugar, su gran y añorado amigo Heberto Castillo. Luego le siguen, al filo de las páginas: Amado Avendaño, candidato a gobernador de Chiapas en 1994, que fue registrado por el Partido de la Revolución Democrática (PRD) y que contó con el apoyo explícito del EZLN; el profesor Othón Salazar, histórico dirigente magisterial, que un año antes que don Luis en Chiuhuahua logró vencer al PRI en unas elecciones municipales en su natal Alcozauca de Guerrero como candidato del Partido Socialista Unificado de México (PSUM), y Gilberto Rincón Gallardo, quien empezó su carrera política apoyando a don Luis cuando fue candidato a la presidencia de la república en 1958, antes de integrarse a los sucesivos partidos políticos de izquierda, a los que intentó renovar y apartar de sus radicalismos y fundamentalismos, hasta que optó por fundar el Partido Democracia Social (PDS), del que fue candidato presidencial en el año 2000. Por último, aunque don Luis no deja de señalar sus graves errores políticos ni de manifestar su desacuerdo con el recurso a la violencia, el Subcomandante Marcos aparece retratado en su libro con auténtica simpatía y bajo una luz favorable.

Aunque su relato de los años en que participó en la “Cocopa histórica” hacen referencia a acontecimientos que la opinión pública siguió muy de cerca –la prensa nacional cubría con avidez todo aquello que tuviera que ver con el Subcomandante Marcos y las negociaciones en Chiapas–, no deja de ser de gran interés conocer el punto de vista de un actor central de este proceso que, no obstante las enormes esperanzas que suscitó, desembocó en un callejón sin salida. A pesar de que Luis H. Álvarez no es dado a repartir ni culpas ni errores, la lectura de su libro permite entrever algunos de los grandes problemas a los que se

enfrentaron las negociaciones de paz: en primer lugar, la incongruencia y los bandazos del gobierno de Zedillo –que a mi juicio se debieron a la lucha de facciones en su interior–, y en segundo lugar al protagonismo del mediador, el obispo Samuel Ruiz García, quien dificultaba el diálogo directo entre los comandantes del EZLN, el gobierno federal y la Cocopa. Por mi parte, añadiría un tercer elemento crucial: el repetido fracaso del Subcomandante Marcos por crear alguna organización política sustentada en amplias bases sociales –la Convención Nacional Democrática primero, el Movimiento de Liberación Nacional y el Frente Zapatista de Liberación Nacional después, y mucho más adelante, en 2006, la Otra Campaña– que le permitiera mantener su liderazgo y su influencia en la opinión pública más allá del conflicto chiapaneco. Sin este respaldo, la firma de la paz en Chiapas suponía para el Subcomandante dejar de ser el foco de atención de los medios de comunicación y limitarse a encabezar un grupúsculo de izquierda radical, sin demasiado futuro en la nueva situación política del país que hacía posible la alternancia política en todos los niveles de gobierno, situación que paradójicamente la rebelión de 1994 había contribuido a alumbrar.

Es por ello –pienso– que Marcos, después de su “zapatour” triunfal por la república mexicana, optó por regresar súbitamente a Chiapas en los últimos días de marzo de 2001, justo cuando el senado se aprestaba a debatir la aprobación de la Ley Cocopa. Esta retirada le permitió no tener que negociar con los senadores las modificaciones que se le hicieron a esa iniciativa de reforma constitucional, para poder luego rechazar tajantemente dichas modificaciones –por cierto, aprobadas por unanimidad en la cámara alta– y dar por terminado todo contacto con el gobierno del presidente Fox. Para grandes sectores de la opinión pública, que confiaban



en que el EZLN firmaría rápidamente la paz con el nuevo gobierno federal, la actitud del Subcomandante Marcos resultó incomprensible, y muchos medios de comunicación empezaron a desentenderse del conflicto en Chiapas, que entró en una fase de estancamiento que perdura hasta nuestros días.

En cambio, es a partir de este momento que el preciso y pulcro relato de Luis H. Álvarez se torna fascinante y empieza a arrojar mucha información novedosa, que incluye algunas importantes revelaciones que se habían mantenido hasta ahora bajo reserva. Don Luis, ya se ha dicho, había sido nombrado coordinador para el Diálogo y la Negociación en Chiapas por Vicente Fox. Tras el fin de los contactos con el Subcomandante Marcos, su responsabilidad parecía haber perdido toda razón de ser. De hecho, las oficinas y el presupuesto de la coordinación se redujeron a su mínima expresión. Cualquier otro político habría dejado el cargo lo más pronto posible o se lo habría tomado como una tranquila y cómoda jubilación; nada más lejos del sentido de responsabilidad de don Luis. Convencido de que el problema de fondo en Chiapas eran la miseria, la marginación y la discriminación que padecían los indígenas, decidió brincar la intermediación del EZLN y de otras organizaciones que decían hablar en su nombre. Lejos de los reflectores mediáticos se dedicó incansablemente a recorrer las comunidades indígenas de Chiapas para escuchar de viva voz sus quejas y sus demandas de apoyo, que luego negociaba tenazmente con diversas instancias de gobierno para que fueran atendidas, dado que la coordinación a su cargo no contaba con un presupuesto destinado a esos fines.

El relato de don Luis, que a partir de ese momento empieza a multiplicar las sabrosas y significativas anécdotas, narradas con emoción, nos permite comprender la compleji-

dad que vivía en esos años la llamada “zona de conflicto”. Aunque seguía habiendo un buen número de desplazados por los enfrentamientos entre facciones políticas opuestas, con su cauda de resentimientos, y aunque de vez en vez estallaba la violencia entre zapatistas y sus antiguos aliados de las organizaciones campesinas independientes por el control de las tierras que habían invadido juntos, en muchos lugares el tejido social se iba recomponiendo silenciosamente. Don Luis se reunió, así, con alcaldes del PRI y del PRD que mantenían buenas relaciones con los Municipios Autónomos zapatistas y con las Juntas de Buen Gobierno que se encontraban en su jurisdicción; con antiguos insurgentes que se habían integrado a los ayuntamientos y que canalizaban discretamente una parte del presupuesto para atender las necesidades de las comunidades que permanecían leales al EZLN; con organizaciones campesinas e indígenas rivales, si no es que incluso enemigas, que se unían para exigirle que les hiciera llegar apoyos para paliar sus necesidades más urgentes.

Además de buscar resolver los problemas concretos y urgentes de las comunidades indígenas, Luis H. Álvarez buscaba también otro fin: entablar una comunicación directa con los comandantes y las autoridades civiles indígenas del EZLN. Si no era posible llegar a un acuerdo con sus principales dirigentes, por lo menos había que desactivar los problemas sociales y los conflictos políticos desde la base.

El éxito de esta estrategia, que pasó casi totalmente desapercibida por la opinión pública, empezó a alarmar a algunos actores políticos de primer nivel. Al gobernador de Chiapas, Pablo Salazar, no le hacía gracia que parte de los recursos que llegaban a las comunidades no pasaran por su intermediación y que un prestigiado funcionario del gobierno federal tuviese un contacto tan directo con la realidad social de

su estado como para desmentir las versiones apocalípticas que todavía eran dominantes y que permitían seguir lucrando políticamente con el conflicto en Chiapas. Por ello, por ejemplo, el gobierno de Chiapas no tenía reparos en apoyar financiera y logísticamente –por debajo de la mesa, obviamente– la celebración que llevó a cabo el EZLN con motivo del noveno aniversario del levantamiento armado. Así, México y el mundo sabrían que los zapatistas se mantenían fuertes y combativos en Chiapas y que las ayudas que se le brindaban al estado seguían siendo tan urgentes y necesarias como antes para mantener la paz social.

La dirigencia zapatista se molestó todavía más con las acciones de Luis H. Álvarez. Había prohibido categóricamente a sus seguidores recibir cualquier apoyo del gobierno federal, en un momento en que estos se multiplicaban en toda la república y, todavía más, en Chiapas. Esta orden acabó resultando totalmente contraproducente para el EZLN. Muchos abandonaron sus filas para acogerse a los beneficios que prometían programas como el de Oportunidades. Por ello, cuando don Luis llegó a las puertas de las comunidades zapatistas a ofrecer ayuda para gestionar apoyos y algunos de sus miembros empezaron a plantearle demandas concretas o, peor aún, a recibirlo al son del himno zapatista, todas las alarmas se encendieron.

El hecho es que el coordinador por el diálogo empezó a tener problemas en sus recorridos, que realizaba sin escoltas, acompañado tan solo por un puñado de colaboradores. En dos ocasiones, en Guadalupe Tepeyac, grupos de zapatistas llegados de comunidades cercanas –entre otras de La Realidad– le insultaron y obligaron a salir del poblado a pie, en una ocasión bajo la lluvia. Pero ni esas agresiones ni las advertencias diversas que recibió ni el escaso entusiasmo de algunos funcionarios por conceder las ayudas que exigían las

comunidades indígenas de Chiapas hicieron desistir a don Luis de su empeño por visitarlas y atenderlas sin hacerse acompañar de escolta alguna.

De toda la riqueza que encierra el libro *Corazón indígena*, la prensa mexicana —siempre perezosa— solo informó, como si se tratara de una importante primicia, que a fines del año de 2010, Luis H. Álvarez había sido informado que “su amigo” el Subcomandante Marcos padecía de cáncer en los pulmones y necesitaba de su ayuda. Al destacar de manera escandalosa esta “nota”, los periódicos olvidaron que este rumor ya había sido noticia en sus mismas páginas al grado que el Subcomandante Marcos terminó por difundir un comunicando en el que negaba —con su sentido del humor habitual— que estuviese enfermo, comunicado del que, por cierto, la misma prensa dio cuenta en su momento.

En cambio, todos los medios de comunicación pasaron por alto lo que, en las mismas páginas del libro, sí constituía una revelación de gran importancia, que se había mantenido bajo sigilo. Junto con la noticia de la enfermedad de Marcos, se le comunicó a don Luis que a Marcos “le calaba en el corazón [...] ver que las comunidades indígenas integradas por bases de apoyo del EZLN padecían aún condiciones de marginación y pobreza por la resistencia a la que se les había convocado y que, por tanto, pedía que pudiera yo visitarlas para conocer sus necesidades y ver que se les apoyara”.<sup>2</sup> Aunque para ese entonces don Luis ya había dejado de ser desde hacía cuatro años coordinador para el Diálogo y la Negociación en Chiapas, se tomó muy en serio este llamado y buscó entablar contacto con los representantes de las comunidades zapatistas. Como prueba de la autenticidad de las palabras del Subcomandante que le habían sido transmitidas por Jaime Martínez Veloz, todas las puertas

de dichas comunidades se le abrieron. En los meses siguientes, don Luis tuvo varias reuniones con sus representantes, durante las cuales le plantearon sus demandas. Desde entonces, las comunidades en “resistencia” han recibido, discretamente, los apoyos del gobierno, se han afiliado a los programas federales como Oportunidades y han inscrito a sus hijos en el registro civil.

Como además —añado yo—, desde hace ya muchos años, los Municipios Autónomos y las Juntas de Buen Gobierno han abandonado su pretensión inicial de imponer sus decisiones a quienes no militaban o simpatizaban con el EZLN —lo que fue fuente de serios conflictos en el periodo de gobierno de Pablo Salazar—, estos “órganos de gobierno zapatista” se han convertido más bien en estructuras de tipo partidista que se ocupan de resolver los problemas de sus afiliados, incluyendo los de la convivencia diaria —al igual que lo han hecho desde hace décadas diversas instancias de las organizaciones campesinas e indígenas de Chiapas—, o, en otras ocasiones, en un espacio de conciliación y resolución de conflictos locales a los que acuden a veces indígenas no zapatistas, lo que los acerca de algún modo a los ayuntamientos tradicionales, que existen en muchos municipios de Los Altos.

De esta forma, el zapatismo, más que desaparecer, se ha ido indianizando, ya que la dirigencia mestiza pesa cada vez menos en las decisiones que se toman a nivel local, y se ha diluido, en el sentido de que sus formas de lucha y de organización se han vuelto un patrimonio común de los indígenas, sumándose a muchos otros aportes externos que los indígenas de Chiapas han adoptado y transformado a lo largo de la historia.

Se podría pensar, entonces, que aunque no se ha llegado a un acuerdo de paz, el conflicto chiapaneco está desactivado en los hechos. Sin embargo, existe todavía un serio

problema que sigue pendiente: las sesenta mil hectáreas que el EZLN, a menudo junto con sus otrora aliados, invadió en la Selva Lacandona. A diferencia de todas las demás propiedades que fueron ocupadas por campesinos en los años de 1994 y 1995, las que ocupan simpatizantes del EZLN siguen sin ser regularizadas. El Estado mexicano se las ha comprado a sus antiguos propietarios, pero no ha negociado con sus poseedores actuales la entrega de los títulos de propiedad, tal vez porque el gobierno no ha puesto el suficiente empeño en llegar a un acuerdo con ellos, tal vez porque lo que queda de la dirigencia del EZLN teme que, una vez que los indígenas tengan asegurada la propiedad de sus tierras de labor, abandonen en masa las filas de la organización armada. El problema es que ante la debilidad de los zapatistas, algunos antiguos propietarios buscan recuperar estas tierras —a pesar de que accedieron a venderlas, aunque fuera a regañadientes, y recibieron un pago por ellas—, lo que podría dar lugar a nuevos enfrentamientos violentos.

Finalmente, quisiera hacer referencia al curioso título del libro, *Corazón indígena*. Aunque en ningún momento se hace explícito en sus páginas, el lector, poco a poco, va comprendiendo cómo, en estas dos últimas décadas, los indígenas han ido ocupando un lugar cada vez más grande en el corazón de Luis H. Álvarez, lo han ido convirtiendo a sus diversas y plurales causas, lo han —en suma— conquistado e indianizado a fuerza de dialogar y convivir con él. Probablemente, al elegir ese título, don Luis no tomó en cuenta que los habitantes del municipio más monolingüe del país, San Juan Cancuc, a su vez creen —como tan bien lo analiza Pedro Pitarch en su bello libro *Ch'ulel; una etnografía de las almas tzeltales*—,<sup>3</sup> que en sus propios corazones habitan muy diversas almas:

2 Ibid., p. 262.

3 México, Fondo de Cultura Económica, 1996.

un *multil o'tan* –un gallo en el caso de los varones, una gallina en el de las mujeres–, el genuino *ch'ulel* –una sombra con figura similar a la de la persona, sombra que vive simultáneamente en el corazón y en una sociedad perfecta, ubicada en alguna cueva sagrada– y muy diversos *lab* –lo que en otros lugares se conocen como naguales, es decir almas que se comparten con fenómenos atmosféricos, con animales, con culebras cuya cabeza es un instrumento de metal o, finalmente, con seres sobrenaturales y peligrosos como son los clérigos, los jesuitas y los obispos–. Lo curioso del caso es que, fuera de los animales endémicos y de los fenómenos atmosféricos, todas las demás almas tienen un origen claramente europeo: gallos y gallinas, herramientas de metal, por no hablar de los sacerdotes católicos. Es decir, que para los indígenas, dentro de sus corazones habitan también los otros, los “caxlanes” –término que los indígenas de Chiapas utilizan para referirse a los hablantes de castellano–, sus animales y sus productos. No se trata de un elemento aislado de su cosmovisión, como nos lo hacen notar Pedro Pitarch. Por el contrario, los tzeltales de Cancuc –y de algún modo todo esto es generalizable, con sus ajustes y matices, a todos los indígenas de Los Altos de Chiapas– colocan en el centro de su vida social aquello que proviene de fuera –el Cabildo, la iglesia, los santos y las fiestas religiosas–, mientras que los elementos de origen mesoamericano se despliegan en los márgenes –los ritos en las cuevas y ojos de agua, los rituales de curación, las montañas sagradas, etcétera.

Curiosamente, nuestra cultura oficial –obra de mestizos– no ha procedido de otra manera: en el corazón de nuestra identidad nacional están los indígenas y sus artes; en el origen del país, las civilizaciones mesoamericanas que nos aportan nuestro toque distintivo en el concierto internacional; y en el centro de

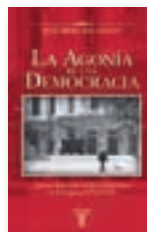
nuestra bandera, el nopal, el águila y la serpiente.

Más que denunciar la falsedad histórica y la hipocresía social de estas construcciones identitarias, habría que ver en ellas un síntoma de que los mundos mestizos e indígenas –que distan mucho de ser uniformes y homogéneos– se encuentran tan íntimamente entremezclados que los unos son inconcebibles sin los otros. Este podría ser un primer paso para superar la dicotomía indígena-mestizo que, no lo olvidemos, es el sustento de la profunda discriminación que padecen los hablantes de lenguas mesoamericanas y sus descendientes, y un poderoso obstáculo para comprender y asumir la compleja diversidad social, cultural e identitaria que caracteriza a nuestra nación.

Luis H. Álvarez señala con justa razón que “el mejor antídoto para superar prejuicios es el conocimiento. Mientras más se conozcan las culturas y formas de vida indígenas, más se podrá hacer frente a las visiones deformadas sobre su forma de ser y actuar”. *Corazón indígena* es una contribución relevante para comprender mejor la historia reciente de la llamada “zona de conflicto” en Chiapas, más allá de los mitos maniqueos creados por los medios de comunicación. Pero es también un excelente medio para conocer la visión del mundo y las obras de un hombre político excepcional, que ha desempeñado un papel de primer orden en la transición democrática en México y que, tras haber ocupado altos puestos partidistas y de elección popular, no vio desdoro alguno en la tarea que se impuso de recorrer las comunidades indígenas de Chiapas para ayudarles a resolver algunas de sus necesidades más básicas. Es por que ello que, en más de un corazón indígena agradecido, late la figura de aquel cordial y paciente principal “caxlán” que llevó a su pueblo el agua potable, la escuela o la clínica, junto con la esperanza de obtener justicia y de vivir en paz. –

## HISTORIA

### Los trabajos y los días de Julio María Sanguinetti



**Julio María Sanguinetti**  
LA AGONÍA DE UNA DEMOCRACIA. PROCESO DE LA CAÍDA DE LAS INSTITUCIONES EN EL URUGUAY (1963-1973)  
Montevideo, Taurus, 2009, 344 pp.



LA RECONQUISTA. PROCESO DE LA RESTAURACIÓN DEMOCRÁTICA EN EL URUGUAY (1980-1990)  
Montevideo, Taurus, 2012 529 pp.

#### DANUBIO TORRES FIERRO

En el ciclo de las revoluciones hispanoamericanas, señala François-Xavier Guerra, “la emergencia de la verdadera patria resulta de la unión de voluntades y no de una simple herencia, provenga esta de la geografía o de la historia”. En el caso del Uruguay (país de dimensiones modestas, de población escasa, país situado entre el gigantesco Brasil y la alargada Argentina, país que llegaría a convertirse –por sus credenciales democráticas– en ejemplo continental: la “Suiza de América”), aquella “unión de voluntades” no hay duda de que fue determinante y que mucho marcó, a pesar de las fuertes diferencias entre las banderías partidistas principales, los rumbos relativamente estables que dominaron por lo menos desde 1836 en adelante. Si a cada nueva patria que surgía se sumaban nuevas virtudes en el gesto independentista, la singularidad uruguaya fincada en un consenso de voluntades más que de mentalidades quiso ser desde temprano una seña de identidad. Pues bien: ese trazo peculiar hecho de voluntades



empeñadas en un mismo esfuerzo rector fue precisamente el que más sufrió durante las décadas del sesenta y el setenta del siglo pasado. En efecto: primero en 1963, cuando se registra la primera acción de una violencia política dirigida a sustituir el régimen democrático por un gobierno revolucionario, y después, a renglón seguido, en 1973, cuando el ejército cancela las instituciones y arrebató la conducción del país por un tiempo indeterminado, los enfrentamientos se despiertan y las voluntades se atomizan. La ruptura de la legalidad, el colapso de la secuencia democrática y una como suspensión del aliento moral y sentimental ganaron al país.

Llegados a este punto, no sorprende que, entre los muchos libros que se han dedicado a revisar ese pasado uruguayo reciente, los dos firmados por Julio María Sanguinetti hayan contado con un claro apoyo del público lector, entre el que seguramente milita un buen número de sus partidarios políticos, y consten ya como referencias en la materia. Tanto *La agonía de una democracia. Proceso de la caída de las instituciones en el Uruguay (1963-1973)* (Taurus, 2009), como el más reciente *La Reconquista. Proceso de la restauración democrática en Uruguay (1980-1990)* (Taurus, 2012), son “obras históricas” complementarias escritas “con intención de verdad”, una fórmula acuñada por Paul Ricoeur que se encuentra entre los reclamos que el teórico solicita al historiador. El objetivo en uno y otro título, a veces atenuado o acentuado por tratarse de dos periodos distintos en los que el autor está en mayor o en menor medida comprometido con el escenario que se intenta recobrar, es “procurar la mayor imparcialidad, la búsqueda de fuentes plurales y

una clara distinción entre hechos y opiniones”. Más que suscribir la historia partidista y las consiguientes defensas parciales que, por cierto, tanto corrieron y dieron de sí en las querellas desatadas en las “nuevas patrias” del siglo XVIII, y que más tarde y hasta hoy mucho se adueñaron de las versiones analíticas de las izquierdas en su afán por refundar el pasado mediato o inmediato, y más que pretender una autojustificación que, según se reconoce, asoma como “una tentación permanente”, más que todo eso —entonces— de lo que se trata es de apegarse al suceder y al encadenamiento de los hechos. Una cronología pautada por noticias, sucesos y datos. El *collage*, el pastiche, la cita, el comentario, gobiernan la mano que recorta, combina y ensambla y así reconstruye el flujo secuencial. Lo que se intenta que aparezca con esa estrategia son cuadros y sinopsis cuya diferencia con la afirmación personal es no solo de grado sino de forma y de fondo. Mayormente informativos, esos trazos pretenden arrojar una luz cierta, rigurosa en la medida de lo posible, sobre la trama que van des- envolviendo.

Por otro lado, y según la lógica que impone ese sistema, se aspira en todo momento a deslindar nítidamente entre la memoria (“el recuerdo siempre parcial, de una persona o un grupo”) y la historia (“un proceso de reconstrucción del pasado sobre la base de muchas memorias, con frecuencia contradictorias entre sí, y otras fuentes que no son memoria”). Acaso ese era el único camino posible —un camino posible si recorrido del modo como lo hace Sanguinetti— para alguien tan involucrado con el escenario que describe. Porque de ahí surge, sin presiones ni agravios, una narrativa que se impone por la desnudez con que transita de un episodio a otro y por una andadura que, sorda y sin relieves agudos, gana no obstante la atención y el interés por su capacidad de convicción para despertar la actitud crítica. De ahí

surge, también, un recuento que prende con mayor intensidad en el lector uruguayo en la medida en que se recrea un universo político cuyos personajes, claves y sobreentendidos le resultan más fáciles de identificar. Los retratos de las figuras políticas o públicas principales (Wilson Ferreira Aldunate, Líber Seregni, Luis Alberto Lacalle, Enrique Tarigo, Carlos Julio Pereyra), por caso, eficaces y generosos, arriman un sabor capaz de ser degustado a cabalidad por los nacionales. Hay una tercera consecuencia que es determinada por la estrategia elegida: al desear que los solos hechos hablen, se pretende deshacer equívocos, imprecisiones y torceduras que el propio hábito histórico, o la memoria pasiva que es su otro nombre, ha terminado por sancionar. Si *La agonía de una democracia* corrige y refuta la versión defendida por los tupamaros de que su movimiento subversivo apareció luego de que el ejército irrumpiera en el espacio público del país poniendo en peligro la sobrevivencia institucional, *La Reconquista* se centra en la trama, tan amplia y múltiple por los diferentes intereses comprometidos, que busca articular y acelerar un consenso capaz de encaminar el regreso a un calendario legal.

¿Por qué estos libros de Sanguinetti se convirtieron en su país en un éxito de ventas? Una doble o triple autoridad hizo posible tal milagro. Protagonista principal como presidente electo del Uruguay en los periodos 1985-1990 y 1995-2000, conductor político de uno de los partidos tradicionales (el Colorado) en un buen trecho del periodo que se revive, varias veces diputado, senador y ministro, periodista que ejerce la profesión desde una edad muy temprana, Sanguinetti reúne en sí al hombre de acción y al hombre de reflexión: es un pragmático y un racionalista. Es a la vez un testigo, un comentarista y un agitador. Así, su condición de actor lo sitúa, más allá de las adhesiones y de las animosidades, en el corazón de



SÍGUENOS  
[twitter.com/  
letras\\_libres](https://twitter.com/letras_libres)

lo que aconteció, y ese corazón —en el sentido real y en el metafórico—, al personificarse, promueve en el lector, desde la fuerza persuasiva de los hechos, una recreación mental y sentimental de un periodo histórico aún abierto, próximo, una recreación íntima que es bienvenida en cuanto procura una recuperación del pasado. Si en *La agonía de una democracia* su narrativa apunta a trazar, con minuciosidad escrupulosa, las desviaciones que provocaron el trauma del quiebre y el secuestro de la democracia, más sus lutos institucionales y sentimentales, en *La Reconquista* la narrativa está dedicada a recuperar, con similar minuciosidad escrupulosa, las idas y vueltas que condujeron a la restauración, a sus promesas terapéuticas y su pedagogía de la reparación.

La novedad que portan consigo esas narrativas, tan de vasos comunicantes entre uno y otro título, es que se amparan en un deseo de transparencia que es deliberadamente puesto a prueba en cada vuelta de esquina al apostarse por versiones distintas y plurales sin privilegiar a ninguna. En la entraña de los libros, en el lugar en el que nacieron, hay un clarísimo propósito didáctico que quiere mantener abierta —y alerta— la distinción entre una investigación histórica (que es una cuestión de hechos) y la escritura histórica (que es una cuestión de investigación), entre la perspectiva del historiador y la del actor histórico. La “intención de verdad” se vuelve así patente. De ahí que la economía de Sanguinetti suscriba la crónica, el inventario y el recuento y se aleje de la arquitectura interpretativa y el argumento ideológico. Esta forma de manifestarse acaba por promover una clase más de autoridad. Es la autoridad que encuentra su justificación y su triunfo en la garantía de realidad que —hay que insistir— transmite la fuerza de los hechos. Son precisamente esos hechos, recortados, seleccionados y ensamblados, los que, al estar dispuestos de manera tal que resucitan

imágenes, instigan el debate y atizan las dudas, concurren a su vez a provocar una verdadera profilaxis. De ahí que los dos libros sean, en el sentido regenerador de la palabra, saludables. En efecto, el sistema que se desenvuelve, con insistencia y con paciencia, genera algo así como una dinámica de contrarios a un tiempo interdependientes y antagónicos que solicita la colaboración activa del lector y lo lleva, de esta o de aquella forma, y esté de acuerdo o no con el texto (y el subtexto) que le ofrece, a pronunciarse, a nunca disolverse, a involucrarse. Es, esa, una verdadera partenogénesis. El sistema que se pone en marcha —y es importante que así lo haga— afirma algo más: la ideología liberal, que es la que traza y sostiene Sanguinetti a lo largo de sus desarrollos, prueba una vez más, en estos libros, que en pureza es, aronianamente hablando, una anti-ideología. Se llega así a una cuestión central —a un reconocimiento moral, si se quiere— que ya no debe postergarse: los trabajos de Sanguinetti, y los días de Sanguinetti que esos trabajos ocupan y muestran, no tienen absolutamente nada de angelical ni de deliberadamente inocente. Aquí Sanguinetti se expone, se manifiesta y se defiende, y expone, manifiesta y defiende su propio legado. Y, en un paso más que es perfectamente pertinente, expone, manifiesta y defiende el mito que de sí mismo se ha creado.

*La agonía de una democracia* y *La Reconquista* no son libros (no quieren ser libros) sesudos; no son libros (no quieren ser libros) literarios, no son libros (no quieren ser libros) mayestáticos. Son, sí, libros que se agitan, se expanden y se ahondan. De un modo único son libros que desearían restituir a las nuevas generaciones aquella idea original de una “unión de voluntades”, sin duda conscientes de que los tiempos ideológicos que corren, de banderías tan imprecisas y erráticas, y tan proclives a fomentar los enfrentamientos y la dispersión, así lo requieren. —



## ANTOLOGÍA

### Vida peligrosa



**Gabriele D'Annunzio**  
CRÓNICAS  
LITERARIAS Y  
AUTORRETRATO

trad., ed. y pról. Amelia Pérez de Villar, Madrid, Fórcola, 2011, 189 pp.

*Un libro de crítica deve essere, sopra tutto, un eccellente libro di prosa.*

Crítica artifex additus artificii.

D'Annunzio, “*Note su Giorgione*”  
e su la critica (1895)

✎ **CHRISTOPHER**

**DOMÍNGUEZ MICHAEL**

“Volverá a ser leído con gusto cuando el tiempo le haya puesto la pátina a su manierismo”, dijo Mario Praz de Gabriele D'Annunzio en 1941, insistiendo el gran crítico italiano en que

volverá como un delicioso manirista; su mundo ritual y fijado en una actitud sin posibles variantes revivirá como “traje de época”. La coherencia casi mecánica, sobrehumana, de su conducta volverá por segunda vez a hacer su fortuna. Hará verdaderamente época; aquella época que nosotros, por haber vivido inmersos en ella, no vemos aún con suficiente distancia.<sup>1</sup>

El 12 de marzo de 1863 nació D'Annunzio en Pescara y no a bordo de un bergantín en las aguas del Adriático, como él lo sostuvo en uno de sus ficticios y alharaquientos autorretratos. Y el 1º de marzo de 1938 este “anunciador” de lo moderno, como lo llamó Ramón Gómez de la Serna, murió en el Vittoriale degli Italiani, la monumental casa-museo en la cual, junto

<sup>1</sup> “Museo dannunziano” en Mario Praz, *El pacto con la serpiente*, traducción de Ida Vitale, México, FCE, 1988, p. 291.

al lago de Garda, el régimen fascista, tras adularlo como su San Juan Bautista, lo sepultó en oro. Pero no parece que se haya cumplido del todo la profecía de Praz, el mejor de sus lectores, de su retorno. Si acaso Luciano Visconti fue quien le puso “pátina al manierismo” dannunziano en *El inocente* (1976), su última película y una de las más perfectas, donde Giancarlo Giannini representa al desalmado aristócrata esteta que, como en la novela homónima, expone al bebé bastardo de su esposa a una pulmonía fatal. No en balde también fue Visconti quien retrató al propio Praz, el curador del museo literario dannunziano, en otra película, *Gruppo di famiglia in un interno* (1974). Pero más allá de Praz, de Visconti y del puñado de mórbidos admiradores de esa vida peligrosa del poeta italiano, que lo leemos y lo escuchamos aquí y allá, como si fuera una *canzonetta* de Leoncavallo o una aria de la olvidada *Francesca de Rimini* (1902), es difícil vender a D’Annunzio en el siglo XXI.

No puede ser de otra manera. Compartió la mayor de las popularidades, en el antepasado cambio de siglo, con Tolstói y con Ibsen, pero más joven que ellos y desprovisto por completo de miga humanitaria, se adentró orgulloso y temerario en los horrores del siglo XX. Fue el bardo de la Gran Guerra y una vez vuelto del exilio voluntario que lo retuvo, perseguido por sus acreedores, en Francia, durante un lustro terminado en 1915, excitó a los italianos, a abandonar la neutralidad. Rehizo su virginidad, dijeron sus enemigos, recurriendo al patriotismo más vil. En realidad, lo que tenía que decirle a sus compatriotas era bastante demagógico: creadora de la belleza, a Italia toca defenderla, frase emblemática de la atrocidad latente cuando el esteticismo se cruza con la política.

En medio de una contienda particularmente cruel con los italianos, los menos preparados de los soldados contendientes y aquellos que

fueron comandados por los generales más ineptos, D’Annunzio, a diferencia de tantos vocingleros militaristas, predicó con el ejemplo: perdió la visión de un ojo como piloto voluntario, participó, en febrero de 1918, en la llamada “Beffa di Buccari”, el ataque mediante motoscafos de la armada enemiga guarecida en el hoy croata puerto de Bakar y, meses después, en octubre, guió a la flotilla de nueve aviones que bombardeó a la enemiga Viena con octavillas propagandísticas. Una y otra, acciones militarmente irrelevantes, tuvieron un atractivo propagandístico fenomenal, convirtiendo a D’Annunzio en el archimoderno que manejaba automóviles, aviones y lanchas artilladas, el poeta capaz de cumplir lo esbozado por el desgraciado Byron en Grecia, un siglo atrás, haciendo, de la poesía, acción. Sin ser futurista, escribía en el cielo.

Sin poder ocultar la admiración que por este revolucionario de derechas sentían los comunistas —empezando por el propio Lenin—, Antonio Gramsci dará a entender, en sus *Cuadernos de la cárcel*, que D’Annunzio concentraba en sí mismo la potencia sexual que echaban de menos las decenas de miles de excombatientes que la guerra recién finalizada había convertido en vagabundos y desempleados.<sup>2</sup> Dos mil de estos hombres, acompañados por una legión de aventureros y estetas, fueron guiados por D’Annunzio en la conquista de Fiume, ciudad italianizada en la boca del Adriático que el presidente Wilson no había querido cederles a los italianos como botín de guerra.

Entre septiembre de 1919 y diciembre de 1920, cuando el gobierno liberal de Giolitti bombardeó la ciudad para honrar el compromiso italiano de mantenerla como puerto libre, D’Annunzio, autonombrado comandante de Fiume, gobernó la

ciudad con proclamas poéticas, hizo imprimir timbres postales con su figura y la dotó de una constitución, la Carta del Carnaro, prefiguración del régimen fascista y sus corporaciones, una de las cuales, platónica, congregaría a los sabios. Naturalmente, Mussolini había tomado nota minuciosa del fenómeno D’Annunzio, fascinado por su tramoya de paradas militares y discursos placeros pero urgido de impedir que su insólito maestro lo suplantara como Duce.<sup>3</sup>

No le fue difícil a Mussolini apartar del camino a este creyente fervoroso en que el genio se medía por la multitud de los acreedores capaces de asediarlo. D’Annunzio fue literalmente comprado, junto con todas sus deudas, por el Estado fascista, que le concedió un título nobiliario, el de príncipe de Montevenoso. Algunas facturas muy atrasadas las llegó a firmar, en uno de sus escasos gestos humorísticos, como “Príncipe de Montemoroso”. En fin: sin el ejemplo de Fiume, ya veamos aquella aventura de Sancho en Barataria o el sueño realizado de un condotiero, utópico y renacentista, a Mussolini le habría costado mucho trabajo habilitarse pretensiones como príncipe filósofo, lo cual, gracias a D’Annunzio, estaba entre sus pretensiones. Como sea, D’Annunzio en Fiume es la temporada, quizá única en la historia, en que un poeta gobernó a su antojo una ciudad.

Si el amor a la guerra y su indiscutible papel como anunciador del fascismo, primero y su profeta más favorecido, después, han privado a D’Annunzio de la buena prensa nostálgica de la que gozan otros de sus contemporáneos, tampoco ayuda a su rehabilitación su fabulosa erotomanía. Antes fue exaltado como un donjuán, hoy no faltan quienes lo miran con horror como un notorio depredador sexual, culpable de haber vaciado las arcas, las almas y los cuerpos de sus numerosas amantes, empezando por

2 Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, 4. edición de Valentino Gerratana y traducción de Ana María Palos, México, ERA, 1986, pp. 108-109.

3 David Gilmour, *The pursuit of Italy: A history of a land, its regions and their peoples*, Nueva York, FSG, 2011.

su esposa, la duquesa de Gallese, madre de sus hijos legítimos hasta Eleonora Duse, pasando por un ejército de criadas francesas, aristócratas paisanas suyas, artistas estadounidenses y princesas rusas. A D'Annunzio se le acusa de haber padroteado a la Duse, la musa cuyo busto desvelado, una vez muerta la actriz en 1924, se convirtió en el amuleto que le era imprescindible para escribir. La acusación es chismorreos infame: tejieron entrambos una historia de amor ilustrada no solo por haber sido el culmen del mito de Venecia, sitio electivo del idilio, sino por ser un caso ejemplar de colaboración artística y empresarial. Él escribió para ella sus obras de teatro (empezando por *La ciudad muerta*) y la inmortalizó (y ella feliz de que así fuera) en *El fuego* (1900), novela de escándalo que narra la epopeya de los amantes en tiempo real. Ella, aplicándole a su amante el método Stanislavski, le enseñó, entre abundantes refinamientos, a hablar en público a quien se convertiría en el orador emblemático del fascismo, tras oscilar veleidosamente como diputado, entre la derecha y la izquierda. La creatura D'Annunzio acabó por volverse contra su creadora cuando el negocio empezó a resquebrajarse.

El pacifista Romain Rolland se encontró con la pareja, ya descompuesta, en el París de la Gran Guerra y lamentó ver a la Duse, histérica, esclavizada por un seductor cuyos poderes, los de un chaparro engreído y atildadísimo, resultaban incomprensibles para los varones respetables capaces de caricaturizarlo pero no de emular sus conquistas. Se habían empezado a alejar cuando D'Annunzio, cruelmente, prefirió que Sarah Bernhardt, la archirrival de la Duse, actuara en obras suyas destinadas a ganarse al público parisino. Pero la práctica del teatro como un espectáculo total, donde tanto genio hay en la actuación y el texto dramático como en la escenografía, la iluminación, la venta de boletos y la ambición promocional, se debe a la pare-

ja que estrenó, por ejemplo, *La ciudad muerta*, en el Teatro Lírico de Milán.<sup>4</sup>

Pero volvamos al erotómano. El “primer asalto a un misterio carnal” emprendido por el poeta ocurrió en la pascua de 1877, cuando en el Museo Etrusco de Florencia, en una sala convenientemente desierta y presidida por una Quimera incitante, atacó a su novia Clemenza, mordándole los labios hasta hacerla sangrar y amenazándola con bebérsela gota a gota. (La boca del poeta era particularmente desagradable, según varios testimonios. Su voz, coincidentes todos, era la octava maravilla del mundo.) Su último devaneo, el de un hombre que presumía sus labios descoloridos de tanto usarlos, tuvo por víctima a la jovencísima Titti, a la cual el viejo sátiro, notoriamente impotente y auxiliado en sus fracasados arrestos por la cocaína, le escribía cartas nauseabundas de tan explícitas, según Piero Chiara, un biógrafo suyo nada pacato.<sup>5</sup>

A D'Annunzio, en fin, se le puede juzgar o no según la moral sexual hoy imperante, pero sin olvidar que fue (y en ese sentido *El placer, El inocente, El fuego, El triunfo de la muerte, Las vírgenes de las rocas*, sus novelas, son autobiográficas en la dimensión existencial de la palabra) menos un agresor sexual, según la terminología de nuestra época, que un adicto a las relaciones destructivas. Quiso vivir, cohabitar, construir castillos de fábula en la tierra, con la mayoría de las mujeres que amó. Lo suyo fue batallar en el infierno de Paolo y Francesca: *amor condusse noi ad una morte* (*Infierno*, v, 106). De Fiume, se dice, huyó cobardemente tras el primer cañonazo. A sus mujeres, en cambio, le costaba muchísimo abandonarlas y cuando lo logró, como en el mítico caso de la Duse, hizo circular la versión de que le había rogado a Dios, él, el poeta delicuescente y pa-

4 Helen Sheehy, *Eleonora Duse. A biography*, Nueva York, Alfred Knopf, 2003.

5 Piero Chiara, *Vita di Gabriele D'Annunzio*, Milán, Oscar Mondadori, 1992, p. 433.

gano puesto en el *Índice* por la Iglesia Católica, que solo le reservara a él el tiempo en el purgatorio tan merecido por ambos.

A D'Annunzio lo sentenció uno de sus amigos, el crítico André Suarès cuando le dijo: “Tú dejarás un nombre, no una obra”, y cabe preguntarse si tras el nombre persiste una obra legible, habida cuenta de que aparte de ser un clásico nacional italiano bendecido por la más sofisticada de las atenciones filológicas, ha empezado a ser reeditado en inglés y en español. En ese sentido, la antología que me ha dado pretexto para escribir estas páginas, *Crónicas literarias y autorretrato*, bien prologada y correctamente anotada por Amelia Pérez de Villar, puede ser útil, al incluir los ensayos dannunzianos más serios (pero no los más interesantes, en mi opinión), aquellos que escribiera sobre las autoridades intelectuales de su época, a las cuales rendía pleitesía, como Émile Zola y al Richard Wagner denostado por Nietzsche. En el volumen aparece también su elogio de Shelley (en opinión de Praz, el príncipe de los anglófilos, una desmesura) y junto a artículos bien convencionales sobre Tennyson y Dante, una curiosidad, “Un poeta de otoño”, reseña en que D'Annunzio se inventó un poeta inglés, Adolphus Hannaford, excusa, según dice Pérez de Villar, para hablar del prerrafaelismo, del cual fue entusiasta difusor. Leer la poesía de D'Annunzio, el Rubén Darío de los italianos, permite hallar, mediante rayos infrarrojos, a las muchas pinturas sobre las que él fue sobreponiendo las propias. A veces, el resultado es un empastelamiento grotesco. En otros, no muchos pero los suficientes para contarlos entre los poetas decisivos del novecientos, se agradece que Hugo o Swinburne (a quien leía traducido al francés) hayan requerido de la corrección nacida de su atrevimiento descarado.

Los versos completos de D'Annunzio fueron diseccionados en una



COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL / UNAM

# POESÍA EN VOZ ALTA.12

Poesía escénica / Poesía multimedia

Alemania  
Austria  
Brasil  
Chad  
España  
Estados Unidos  
Holanda  
México



19 a 30 de septiembre de 2012

Casa del Lago Juan José Arreola

Museo Universitario del Chopo

Museo Experimental El Eco

Museo Universitario Arte Contemporáneo

[www.casadelago.unam.mx](http://www.casadelago.unam.mx)

[www.chopo.unam.mx](http://www.chopo.unam.mx)

[www.eleco.unam.mx](http://www.eleco.unam.mx)

[www.muac.unam.mx](http://www.muac.unam.mx)

cirugía morosa por Praz, en *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica* (1930 y 1946), en cuyo capítulo final, “El amor sensual de la palabra”, el crítico asume que nuestro poeta, sobre todo en *Alción* (1903), llevó el plagio a otra dimensión. Tomó mucho, inverecundo, no solo de los parnasianos y simbolistas franceses, sobre todo de Verlaine y Henri de Régnier, sino de compatriotas suyos como Carducci. Creía D’Annunzio fielmente en que la frase de Fuseli (“El genio puede soportar pero nunca robar”) bien merecía convertirse en un método y así muchos de sus poemas son versiones donde el robo y la apropiación, dadas la adjetivización ornamental y el gigantismo enfático, se convierten en otra cosa, a veces peor, a veces mejor, sobre todo para quien pueda paladear el italiano. “Tenemos en un puño las cosas terrestres mientras pronunciamos sus nombres”, decía un romántico alemán y D’Annunzio vaya que lo creía, imposibilitado como estaba de escribir cualquier cosa, verso o prosa, sin el estímulo de la entonación musical proporcionada por otro escritor.

Al sublime plagiarismo del poeta, al que debe sumarse el poderío dannunziano, ya exaltado por Henry James,<sup>6</sup> para expresar en sus novelas la morbidez y el patetismo de los hombres y de las mujeres consumidos por el sexo, debe sumarse la amplitud de su registro como cronista de sociedad y como crítico literario. He dicho amplitud y no profundidad, como lo probará quien se pasee por el par de tomos de los *Scritti giornalistici* que van desde 1882 hasta 1938 que Annamaria Andreoli preparó para Arnoldo Mondadori y de los cuales partió Pérez de Villar para hacer su selección. Hay de todo en el D’Annunzio pe-

riodista pero en realidad hay mucho mundo y poca sustancia, tal cual lo percibió Praz: la variedad museística de su obra (y el visitable museo póstumo que dejó) se compone de obras maestras de todos los tiempos y de todos los estilos, desde Grecia hasta el futurismo, pero todo ha sido homogeneizado gracias a la impronta de D’Annunzio, tornando monótono al conjunto. El suyo es un genio de perfumista. El perfume, cuando abandona el pañuelo o el cuello de las damas y se convierte en el olor imperante en una habitación, apesta.<sup>7</sup>

Empezó a escribir periodismo para pagarse sus gastos de recién casado y nuevo rico y la primera época suya, en *La Tribuna*, duró hasta su primera “jubilación”, a los veinticinco años, cuando decidió escribir *El placer* (1889), novela cuyo lirismo se alimentó de las infinitas crónicas de sociales que redactó, ornamentadas por listas exhaustivas de aristócratas que disfrutaban de aquella *dolce vita* inaugural, la de los primeros años de la Roma a la cual, finalmente, se le había permitido ser villa y corte de la Italia unificada. Relató para su público asedios galantes y bodas alcurniosas. Leer esa mundanología sería fascinante, dada la persuasiva belleza de la prosa dannunziana, aun la más trivial, de no tomarse en cuenta que, junto a la pintura del tiempo perdido hecha por Proust (al cual parece que ignoró un escritor que alcanzó a gloriarse, quién sabe por qué, de haber inspirado a Joyce y a Thomas Mann), el de Pescara es solo un acuarelista. En sus crónicas, que ilustran a la Bella Época como el encuentro feliz entre el gran mundo y la alta cultura, aparecen los napoleónidas sobrevivientes (su retrato de Eugenia de Montijo es fastuoso) junto con Liszt, el maestro de la plateada cabellera al cual D’Annunzio comprendía muy bien pues dominó, sobre todo, la

6 A través de la empatía de James (véase su “Gabriele D’Annunzio”, de 1904, en Henry James, *Literary criticism. French writers. Other European writers. The prefaces to the New York edition*, Library of America, 1984), tan valorado actualmente, acaso puedan releerse sin prejuicios las novelas dannunzianas, quizá afectadas de puerilidad solo porque dicen todo aquello que callaba el puritano angloestadounidense.

7 Lo del perfume viene de una cita de Enrique Larreta reproducida por Pérez de Villar (p. 16). Imbuido pasajeramente de dannunzianismo, la he modificado a mi antojo, empeorándola.



crítica musical. Era demasiado italiana para convertirse, como lo pretendió ser, en un wagneriano ortodoxo y el sueño que él y la Duse tuvieron de erigir su propio Bayreuth, fracasó por razones en verdad metafísicas: falta de liquidez, incapacidad de comprensión de la ética protestante y el espíritu del capitalismo.<sup>8</sup>

A D'Annunzio le tocó escribir, para Ida Rubinstein (aquella que según Gómez de la Serna vivió tendida en un diván) y Claude Debussy, *El martirio de San Sebastián*, estrenada con poco éxito en París, en 1911. Si como crítico de arte exaltó a medianías de su paisanaje y se le fue entero nada menos que el impresionismo francés, sus opiniones musicales, nada operáticas (en el sentido en que se asociaba a la ópera italiana como antídoto de toda novedad), están entre sus mejores crónicas. "*All art constantly aspires towards the condition of music*", decía la cita de Pater una y otra vez traída a cuenta por D'Annunzio.

Si como cronista del tiempo perdido, insisto, D'Annunzio queda a deber, ello se debe a que aquella Roma, la suya, como lo percibió Gómez de la Serna, era un caserón vacío donde no había ni demasiados muebles ni demasiada fiesta.<sup>9</sup> Pero no toda la culpa se debe a Roma: ocurre que D'Annunzio creía muy convencionalmente, que el pasado es una cosa triste propia de los libros de memorias y, para él, el presente era perpetuo, la materia de su invención. Por ello fue discípulo aventajado de Paul Bourget (son más entretenidas y escandalosas las novelas dannunzianas que la de este "psicólogo") y no un verdadero precursor de Proust, quien trascendió entero al decadentismo que en D'Annunzio a veces es tan solo fenoménico.

8 Algunos berlusconianos acusan a la intelectualidad de izquierda de ser resultantemente dannunziana, es decir, compuesta por italianos enemigos del dinero bien invertido y amigos del despilfarro esteticista a cuenta del Estado.

9 Ramón Gómez de la Serna, prólogo a *Quizás sí, quizás no* (Madrid, Biblioteca Nueva, c. 1925), la novela de la aviación que escribiera D'Annunzio en 1910.

De las crónicas literarias destaca la autopromoción, un género que D'Annunzio cultivó sin escrúpulos. No solo reprodujo en los periódicos italianos en los que colaboraba las alabanzas que sus obras suscitaban en el continente, como la de Hugo von Hofmannsthal de 1893, sino que, valiéndose de la tercera persona o firmando como el Duque Mínimo (su pseudónimo más socorrido), le daba seguimiento a su obra ante un público crecientemente devoto que no podía ignorar que D'Annunzio se aplaudía a sí mismo.

No todo son, desde luego, fuegos fatuos. Como lo dijo Praz, D'Annunzio dio al traste con la pesada armonía de una de las literaturas más solemnemente burguesas del XIX, la italiana, abriéndola al mundo, pero no solo a Francia, también a Rusia, a través de su entusiasmo por el conde tolstoiano Melchior de Vogué, el descubridor de la novela rusa que, además, reseñó a D'Annunzio en uno de sus libros, *La Renaissance latine* (1894), a su vez reseñado en *Il Convito* por un modesto redactor que firmaba, con sus iniciales: GdA. Y en los ensayos recogidos en español por Pérez de Villar, destaca su actitud ante Zola, por respetuosa: en clave simbolista, repudia el materialismo cerebral del novelista pero alaba, al poeta de la vida que había en el narrador. Más agradable aún es constatar la conciencia hiperdesarrollada que D'Annunzio tenía de la naturaleza comercial de la novela de su tiempo. Nadie, que yo recuerde, entre los novelistas de aquel fin de siglo, dijo en la rotundidad de sus entrevistas (fue uno de los primeros autores mediáticos) que "el comercio de la prosa narrativa" obligaba a los literatos como él a saciar el apetito sentimental de la multitud, lo cual tenía un precio que él, al menos, estaba dispuesto a pagar.<sup>10</sup>

Al embestir a la vieja crítica,

10 Gabriele D'Annunzio, *Scritti giornalistici, 1889-1938*, II, edición de Annamaria Andreoli, Il Meridiano/Mondadori, 2003, p. 1583.

que en su país estaba representada por Francesco De Sanctis, tan amado y al cual era tan difícil denostar, D'Annunzio escribió sus páginas críticas más eficaces, como las dedicadas a sus amigos Angelo Conti y Enrico Nencioni, "escritores nerviosos" en rebeldía contra la ciencia universitaria de la literatura propuesta por Taine. Pero D'Annunzio, quien consideraba indispensable la belleza de la prosa en un libro de crítica, como cronista literario, que no crítico, solo alcanza la belleza al citar. Como lo dice Blas Matamoro, dannunziano hispanoargentino citado con justicia en la antología de Pérez de Villar, son bellas esas páginas porque contienen citas bellas y oportunas. Y si como poeta tomaba lo ajeno sin recato y sin comillas, como cronista literario se la pasaba reconociendo la autoridad ajena, como una manera cortés de mostrar que la propia no era mucha, sublime modestia en la vanidad.

Podría agregarse mucho más sobre D'Annunzio; *Crónicas literarias y autorretrato* abrirán, quizá, la puerta para seguir haciéndolo, en español. Reseña aparte merecerían sus escritos militares, sus diarios casi secretos o su precioso francés, que le permitió escribir un pastiche (*Le dit du sourd et muet qui fit miraculé en l'an de grâce 1266*), pues D'Annunzio pudo ser un escritor francés pero decidió no serlo, prefiriendo, según sentenció un galo envidioso, ser cabeza de ratón que cola de león.

Jubilado definitivamente en Il Vittoriale, D'Annunzio se fue apagando, solícito y pedigüño con Mussolini, a quien ridiculizaba en privado. Quizá entre las razones de la notoria benignidad con que el fascismo trató a los intelectuales, siempre en comparación con lo que ocurría en los reinos del Reich y del Soviet, está que el padrino del régimen fuera un poeta libertino de semejante estirpe. Y de poco le sirvió a D'Annunzio, ante el Duce y ante la posteridad, hacer gala de su antihitlerismo. Após-

tol de la latinidad, consideraba *contra natura* cualquier alianza italiana que no tuviese como prioridad y pareja a Francia, la hermana latina. Hitler, en D'Annunzio, excitaba al nietzscheano y, así, veía en el dictador alemán a la consecuencia del drama musical convertido en vulgar opereta. Y el nietzscheanismo dannunziano, que llenó su prosa de fórmulas y consignas, tenía, debe decirse, un origen más noble, detectado por Gramsci: el superhombre llegó a Nietzsche a través de Burckhardt y de la *Storia della letteratura italiana*, de De Sanctis, es decir, del elogio de los príncipes italianos del Renacimiento, ese fue el ideal al cual aspiró D'Annunzio en una época en que semejantes ambiciones superhumanas solo podían terminar en la caricatura o en la masacre.

Concluyo con Praz, con quien empecé: dijo el sabio Mario, despreciamos a D'Annunzio porque nos obcecamos en leerlo como mo-

derno. No lo fue. Como Milton, fue un humanista tardío de aquellos a quienes leemos con dificultades al secarse la retórica que les dio su savia. Como Milton, también, tuvo oído e imaginación pero no tuvo corazón. Fue un poeta de la antigua ley. Siendo modernísimo, aviador, automovilista, profeta del cine (esa nueva pantomima, dijo) y fotógrafo, Gabriele D'Annunzio no entendió gran cosa de Rimbaud y de Mallarmé, los verdaderos modernos, a quienes leyó en detalle sin comprenderlos.<sup>11</sup> Un temblorcillo, me parece a mí, le impidió apropiárselos; se lo impidió la astucia de saberse perdido en terreno enemigo, soldado y poeta, antes que impostor. —

11 En contra de la modernidad de D'Annunzio puede argumentarse otra cosa: él y Kafka coincidieron, sin conocerse, en Brescia, en el novedoso espectáculo aéreo de septiembre de 1909. D'Annunzio estaba del lado de los aristócratas y de los aviadores mientras Kafka era un espectador del montón. Compárese la crónica mundana de D'Annunzio con el célebre testimonio narrativo de Kafka, "Los aeroplanos en Brescia". Universos paralelos que se encontraron...

## NOVELA

## Museo de paleontología



**Luis Jorge Boone**  
**LAS AFUERAS**  
México, Ediciones Era/  
Dirección de Literatura  
de la UNAM, 2011,  
245 pp.

## GENEY BELTRÁN FÉLIX

*Las afueras* tiene a Coahuila como escenario. Su protagonista recorre el estado con el propósito de acopiar leyendas macabras, a partir de las cuales redacta guiones para un programa de radio. Paralelamente, el libro esboza las historias de quienes han definido la vida afectiva de James: varias

EDUCAL  
librerías con arte

# Los libros

que no encuentras los tenemos aquí

Arte • Historia • Literatura • Filosofía • Ciencias Sociales  
Lengua • Ciencias • Tecnología • Música • Cine

Más de 90 librerías en todo el país, la cadena más grande de México

Síguenos en @LibreríasEducal y en /LibreríasEducal

Compra en línea y encuentra nuestro directorio de librerías en:  
**www.educal.com.mx**



mujeres y su hermano William. Sin embargo, ni la geografía ni el tema amoroso serían lo paradigmático de la primera novela de Luis Jorge Boone (Monclova, 1977), obra que se sustenta en una escritura de consistencia poética y una estructura fragmentaria y discontinua.

Frente a las discusiones sobre la representatividad social y lingüística de la narrativa contemporánea del norte de México, *Las afueras* se manifiesta como una excepción. Por un lado, los asuntos de la violencia, la emigración y el narcotráfico, no insólitos en buena parte de los autores de la frontera con Estados Unidos, se hallan aquí casi por entero ausentes. Por otro, ocurre que la prosa se ve en mucho refractaria a nutrirse de las jergas locales. No es, claro, obligación de ningún escritor asumir la tarea de otorgarle un estatus literario al magma verbal de su tierra. Consigno el rasgo para señalar que, más que con la hibridación idiomática de Daniel Sada, el autor se afiliaría al estilo neutro y deslocalizado de Martín Luis Guzmán. Hable de fósiles, borracheras, accidentes, balnearios o desamores, la novela ejerce un pulso estilístico de talante clásico, límpido y brillante, reiterado en imágenes de filo evocativo y epifánico (una muchacha cuya hermana gemela ha muerto recientemente es comparada con “un pequeño espejo que no sabe ya en quién reflejarse, en dónde buscar su propio rostro”), así como en fórmulas elocuentes en su proyección sapiencial (“Toda leyenda cuenta una versión del miedo, y el miedo es el alma de toda leyenda, su parte de verdad”). La escritura se detiene en situaciones del dominio físico y las despliega con detalle y don perceptivo, siguiendo una premisa de James mismo: “Solo hay que mirar de cerca las cosas que pasan, poner atención.” No omito mencionar también que la prosa registra más de una caída en la imprecisión y lo declamatorio (“la agreste senda de

la madurez que los acechaba desde siempre”), propensión que, como diré más adelante, deshumaniza al protagonista.

Las tres secciones de *Las afueras* se ven integradas por capítulos de diversa índole: guiones radiofónicos, una carta, monólogos, relatos sueltos en tercera persona sobre los hermanos, las muchachas en quienes ellos se han interesado, y otros caracteres secundarios. La estructura no es lineal, sino que avanza con saltos en el tiempo y el espacio. Pero la dispersión cronológica da pie a la búsqueda de una unidad simbólica: los datos sobre pesquisas paleontológicas y las leyendas tétricas de Coahuila son equiparables a los episodios en los que aparecen el hermano menor y las mujeres objeto de deseo, porque él y ellas se convierten en una suerte de espectros o fósiles en el “alma dañada” del protagonista. *Las afueras* señala el parentesco entre el pasado —prehistórico y legendario— de Coahuila y los incidentes particulares de las distintas edades de James, y de esa forma consagra el peso determinista con que el paisaje local y el pasado amoroso lo congelan en su vida emocional.

Es de esta condición, aunque orgánica y en distintos tramos narrativamente sugestiva, de donde nacería mi reparo: *Las afueras* crea una imagen plural del pasado de James, pero entrega una imagen unívoca de su interioridad. Así, resulta un personaje dramáticamente cojo: otros, como Bárbara o Sagrario, e incluso William, se ven desarrollados, aunque en breve espacio, con mayor sensibilidad y brío fabulador que el propio James. Si bien se narran sus encuentros y desencuentros, sus andanzas y soledades, la complacencia casi conmisericordiosa con que se retrata lo pasivo e inmóvil de su condición reduce mucho y matiza poco el conocimiento de su vida profunda, como para que sostenga sin daño el audaz andamiaje de la novela.

En la carta a su hermano, James expone una visión pesimista de la existencia: “El ahogo, la desesperación, son la materia de la que venimos. Donde desaparecemos. [...] No hay nadie a quien reclamar nuestra suerte cuando la muerte y el vacío toman forma a nuestro alrededor.” El rasgo de carácter que supone esta declaración no se ve contrastado por la forma extremista con que la voz narrativa describe su estado anímico aquí y allá; por ejemplo, en el primer capítulo (“La incomodidad que lo corroía en cuerpo y alma era absoluta, incurable”) o en uno de los últimos (“Mientras rozaba su cuello con la hoja del rastrillo, James se sintió vencido por el peso de los muertos”). No se habría tratado de discurrir con mayor holgura sobre las emociones de James, sino de observarlas con una lente más precisa, menos impostada. El problema no es que James se vea pasivo e inmóvil, sino que esa pasividad e inmovilidad se exhiban con expresiones que, de tan drásticas y a veces lastimeras, se vuelven vacuas y le restan humanidad.

Por esto, aunque distintos capítulos muestren a un narrador eficaz y perceptivo, el conjunto de la novela —y de esto se resiente más la tercera sección— pareciera carecer de vitalidad. *Las afueras* presenta historias de desamor y pérdida, pero esas experiencias se fosilizan y a la distancia, en la memoria del lector, devienen un objeto añejo, propio para la contemplación en la vitrina de un museo. “Mientras se dejaba hipnotizar por la monotonía del paisaje que circundaba el camino, James superpuso a la realidad la imagen de un saurio corriendo por el lodo de un pantano, dejando sus huellas sobre una placa movediza que se solidificaría con los milenios.” Esto creería ver yo en *Las afueras*: una prosa rutilante que, sin embargo, entrega una postal congelada del movimiento íntimo de su protagonista. —